

Culpa y responsabilidad

Manuel Desviat y Pilar Nieto Degregori

La redacción de *Átopos* se planteó, a la hora de pensar este número de la revista, una pregunta inicial: ¿ha cambiado el sentimiento de culpa? Desde la clínica no había duda: parecía cada vez más frecuente que la culpa se diluyera, no ya que se situara fuera de las personas que acudían a consulta, no ya que se depositara en otros o en el mundo. Y mirando al entorno, parecería que nuestra cultura, como escribe Fernando Colina (en este mismo número de *Atopos* p 114), no quiere oír hablar de culpa y menos de responsabilidad. ¿Cómo si no entender la insensibilidad moral que domina a la gran mayoría de las poblaciones? ¿Cómo entender que, viviendo en sociedades democráticas, podamos aceptar la indignidad y la degradación, la idiocia moral que gobierna el mundo? El “esto es lo que hay”, en palabras del colectivo *Espai en Blanc*¹. Según el filósofo Cornelius Castoriadis, encerrados en nuestro pequeño ámbito personal privatizado, nos hemos convertido en cínicos². Cínicos moral y políticamente. El hecho es que el hombre de hoy no quiere saber, más allá de los datos o las herramientas utilitarias, oculta en su no saber los miedos atávicos, la culpa y la responsabilidad. Una cultura llamada de la inocencia, donde cabe Abu Graib y la pena de muerte.

Ruggero Levy propone una serie de interesantes reflexiones que podrían llevarnos finalmente a una pregunta difícil de responder: ¿pero la gente sigue sintiéndose culpable en nuestras sociedades del s. XXI o la culpa ha perdido completamente su actualidad? Más bien estaríamos hablando, en la cultura actual, del imperio del presente *momificado* (sin pasado ni porvenir) y del *acto en bruto*; de un empobrecimiento simbólico que propicia el “paso al acto”³. La dificultad

de *elaborar* o de disponer de los recursos necesarios para obtener un mínimo de distancia con un mundo exterior invasivo podría ir en consonancia con la incapacidad de sentir y hacer presente la culpa en nuestro psiquismo. La cuestión candente es si la vivencia de la culpa sigue siendo importante en los procesos de constitución del psiquismo humano o ha desaparecido apuntando hacia algo mucho peor. Malos tiempos correrían si esta incapacidad para vivir la culpa (que puede ser un elemento que enferma o valioso en ámbitos tan dispares como la propia salud o la justicia) se universalizara por unas u otras razones.

Algunos autores, como José Luis Pardo⁴, hablan de una Gran Prohibición que está presente desde tiempos inmemoriales en los corazones de los humanos. En nuestra cultura el mito del pecado original se concretó en la historia bíblica de Adán y de Eva: comieron el fruto prohibido del árbol de la ciencia, adquiriendo conciencia del bien y del mal e, inmediatamente, se avergonzaron y sintieron culpables. Y todos sabemos que los viejos mitos apuntaban a fibras muy sensibles del alma humana.

Entonces ¿cabe hablar de gentes que desconocen el mal, la culpa y la responsabilidad o de que, entumecidos por el consumismo y sin capacidad simbólica suficiente, nos quedan muy lejos los sentimientos de culpa en la sociedad actual?

Para Freud en su texto *El malestar en la cultura* uno no puede evitar “sentirse culpable” cuando ha hecho algo “que se considera malo” o, aunque no haya llegado a hacerlo, cuando ha tenido la intención, la idea o el deseo de llevarlo a cabo (p 97). Pero ¿por qué se entiende como “malo” eso que se hace o se desea

¹Espai en Blanc (2011). *El impasse de lo político. Materiales para la subversión de la vida*. Barcelona: Espai Blanc y Ediciones Bellaterra

²Cornelius Castoriadis (2011). *Le Monde Diplomatique* (2011) *Utopías. Antiguos y nuevos*

³Ruggero, L. (2010). Deseo y placer: la construcción del sujeto posmoderno. Elogio al pudor en defensa de cierto misterio. *Controversias en psicoanálisis de Niños y Adolescentes*. Año 2010- Nº 7.

⁴Pardo, J.L. (2011). *Estética de lo peor*. Barataria. Pasos perdidos.

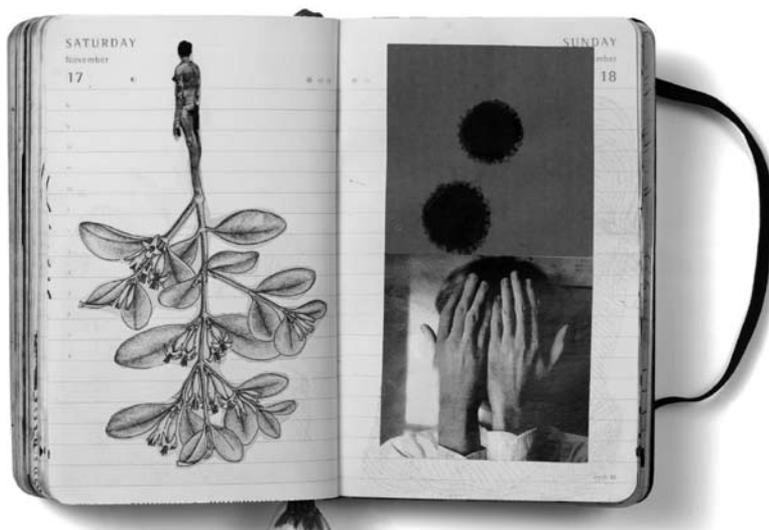
hacer y que “muchas veces ni siquiera es nocivo o peligroso para el yo sino, por el contrario, algo que éste desea y que le procura placer”? Freud describe la necesidad del psiquismo de realizar *desplazamientos* desde objetos que nos hacen sentir el mal (sentirnos mal y culpables) hacia cosas más inocentes, como podrían ser el dinero y el consumo (incluido en la actualidad el sexo como un objeto más de consumo). Desearlos (apropiarnos de ellos) no puede ser malo puesto que *todos* los desean y, sin embargo, las gentes no encuentran habitualmente el mínimo de paz personal en esos derroches: las ansiedades, el estrés, la inseguridad, la insatisfacción permanente y la depresión cunden por doquier. Y más en momentos de crisis como el actual, donde ya nada es tan seguro como en el pasado inmediato. En ese caso ¿será que no existen con la fuerza de antaño los sentimientos de culpa o estará ocurriendo que, disfrazados y desplazados esos sentimientos, se pierde la capacidad de asumirla, de enfrentarnos a ella y de elaborarla y que, por debajo de esa deserción, siguen vigentes en toda otra serie de *males de la época*?

Si indagamos sobre posibles causas objetivas y exteriores de culpa (sociales e individuales), sobrecoge una simple mirada a los horrores de los últimos 100 años,

por no ir más lejos en la historia, con el colonialismo que nos convirtió (¿a costa de cuántos?) en países ricos, las dos guerras mundiales, los holocaustos estalinista y nazi y tantas guerras y hambrunas que nos rodean desde entonces. Y aquí no se puede olvidar a Karl Jaspers cuando plantea que son “las faltas morales el fundamento de estados de cosas en los que crecen la culpa política y el crimen.” No podemos olvidar que “la comisión de pequeños pero numerosos actos de negligencia, de cómoda adaptación, de fútil justificación o de imperceptible fomento de lo injusto, la participación en el surgimiento de la atmósfera pública que propaga la confusión y que, como tal, hace posible la maldad, tiene consecuencias que condicionan la culpa política por los estados de cosas y los acontecimientos” (p 101). No podemos ignorar nuestra responsabilidad, pues compartimos con Primo Levi que de las culpas y los errores se debe responder personalmente, pues de otra manera cualquier vestigio de civilización desaparecería de la faz de la tierra.

No hay acto inocente, escribe Pereña, autor que en su interpretación de la tesis freudiana, considera que culpa y responsabilidad se implican, en una íntima tensión irrenunciable para el sujeto y para el lazo social (Pereña P, 2001)⁵.

⁵Pereña, P. (2001) *La pulsión y la culpa*. 2193. Madrid: Síntesis.



Pep Carrió,
Diario Visual,
2007